



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV 27 de diciembre de 1890 Núm. 165



MÚSICA Y BAILE

UN RATO DE CHARLA

Si es altamente fastidioso insistir uno y otro día en cosas de bien poquísimo momento, como todo eso de la Junta del Censo, de las elecciones no sé cuáles y de las conquistas de la libertad sin pan, conviene en cambio no olvidar demasiado aprisa los acontecimientos verdaderamente importantes que aquí ocurren.

Por este motivo creo oportuno recordar la admirable y gloriosa victoria de los palentinos al conseguir que el Gobierno francés dejara en paz al pobre M. Redon.

El caso empezó por uno de los actos más feos y antiespañoles que cabe imaginar. Un abogado simpleton, de cuyo nombre vale más no acordarse, ávido sin duda de notoriedad, *delató*, sin temor á que pudieran echarle un bolsillo de dinero, á un francés que se había fugado de un presidio de Cayena, libertado por su padre. Bastaba la simple consideración de no exponerse á matar de un disgusto al honrado y amantísimo libertador para que el abogado N. N. se resignara al *sonsoniche*; pero no fué así: el jurisperito ese, de cuyo nombre vale más no acordarse, tuvo por conveniente convertirse en *delator* (en una especie de *el alférez Miguel Pérez*) violando el *secreto profesional*, pues los dos franceses fueron á consultarle su secreto.

El comportamiento del nobilísimo pueblo palentino fué, con tan triste ocasión, verdaderamente conmovedor: todos á una, desde el obispo hasta el último remendón, desde el gobernador al último contribuyente, dirigieron al Gobierno en demanda de que no se concediera la extradición del *delatado*.

(¡Las mejillas se enrojecen de vergüenza al tener que estampar en tierra de España este adjetivo antiespañol!)

Nuestro Gobierno, como entidad, no podía ciertamente negarse á la extradición si por acaso la pedía el Gobierno de la vecina república, como en efecto la pidió; y aquí empezó la defensa de los palentinos para no soltar al desdichado fugitivo que había recibido hospitalidad en el recinto de la bizarra ciudad castellana.

Todo Palencia se puso en movimiento, sin distinción de condiciones, ni de sexos, ni de edades: comisiones á Madrid, peticiones de indulto al presidente Carnot por conducto de su dignísima se-



El niño enfermo

ñora; el alcalde y otras personas influyentes tomando el tren para trasladarse á París. En Palencia había sido abofeteado el pundonor español, y de allí tenía que partir la reparación. La triste víctima del abogado delator no era ya M. Redon, el hijo: era Palencia, siempre respetada, siempre simpática, siempre honrada, que aparecía como una negra mancha en el mapa de la Península. Era Palencia, cuyo nombre iría asociado siempre fatalmente con el abominable nombre de *delación*! Y Palencia luchó por su honra, por su limpia fama, y resolvió no cejar hasta borrar la huella dejada en el limpio espejo de su historia por el abogado de cuyo nombre vale más que no nos acordemos, y sustituirla por una hermosa, por una radiante corona de caridad, de generosidad é hidalguía.

Enterado el Gobierno francés, renunció á la extradición, y el Gobierno español dió orden de que fuese inmediatamente puesto en libertad el detenido.

¡Qué hermosa victoria! ¡Qué rasgo tan consolador el del pueblo de Palencia! Esa es España, la verdadera España, la España honrada, pundonorosa, que no conoce obstáculos cuando se trata de defender su nombre. ¡Bendita sea Palencia, que tan admirablemente ha sabido llevar en esta ocasión la voz de España entera! ¡Arriba los corazones, que aun hay pueblos que estiman ante todo y sobre todo su buena fama y saben interesarse por los desgraciados! Sí: ¡viva Palencia!

Sólo sentimos el chasco que los palentinos y M. Carnot le han dado al abogado de cuyo nombre es mucho mejor no acordarse.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



EL ARBOL DE NAVIDAD

(Conclusión)

II

La noche era fría, pero hermoñeada por la suave luz de la luna. Algunas blanquecinas nubes aparecían en el diáfano cielo en formas caprichosas y con misteriosos aspectos, modificándose lenta y continuamente.

Julio, un niño vivaracho y alborotador, encaramado en una silla, encendía las velitas de un magnífico nacimiento que se hallaba sobre una mesa (de altar y bajo un doselete en el fondo de una espaciosa y rica sala. Andrés discutía porfiadamente los actos de su hermano, y ambos se burlaban de Enriqueta, la cual no había querido romper su hucha de barro para comprar más figuras y adornos con destino al nacimiento.

Los tres esperaban recibir el regalo que, sin duda, les haría la mamá: un hermoso y alegre árbol de Navidad cargado de fruto, juguetes y golosinas.

—Vendrá... vendrá, fija, fijamente con algo, porque ha salido...—dijo con viveza Julio.

—¡Ya lo creo! Pero si esta roñosa de Enriqueta hubiese querido romper su hucha, y darnos, cuando menos, un duro, tendrían más acompañamiento los Reyes magos, que van solos como unos cualesquiera.

Ante el diminuto paisaje de arbolillos, montes, ríos, puentes y molinos poblados de figurillas finas de pasta, y como sin dar oídos á las burlas, reproches y censuras de sus hermanos, Enriqueta, con un *bebé* de cartón amorosamente sostenido entre sus brazos, fijaba en el suelo sus grandes y misteriosos ojos. Así la sorprendió la llegada de su mamá, la cual llegó defraudando las esperanzas concebidas por los niños: no llevó, ni mucho menos, el riquísimo árbol de Navidad, sino sólo tres panderetas que hizo sonar muy alegremente.

—¡Cómo! ¿No estáis contentos?—exclamó viendo los melancólicos rostros de los niños, en especial los de Julio y Andrés.

No, no estaban contentos.

—Pues no os he comprado el árbol, pero os he comprado algo mejor.

—¡Mamá! ¡Mamá! Ahí está Pascualillo, el hijo del guarda de los solares!—dijo Enriqueta, que había salido y entrado como de un vuelo en la sala.

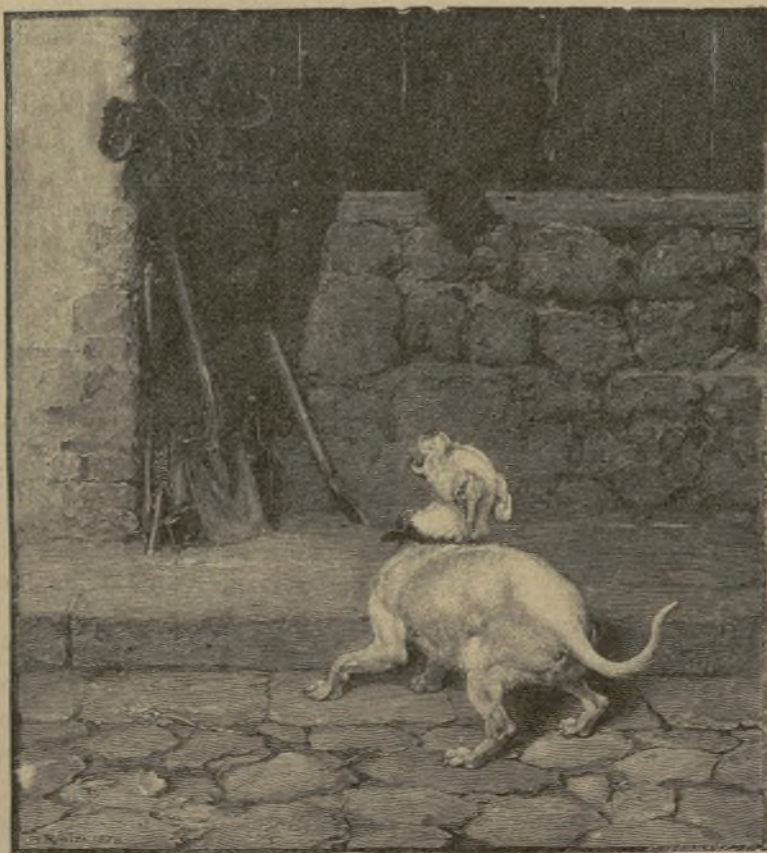
—¡Ah! ¿Está ahí? Que pase.

Y pasó, en efecto, Pascualillo, amodorrado de vergüenza y abriendo después los ojos ante el magnífico nacimiento. No bien había llegado á su casa con su padre y su tía Micaela, cuando, sin dejarle entrar, aquél le mandó á casa de los señores, que no distaba mucho de los solares. Fué acogido con bondad, estuvo de juego con los niños, y ya iba á cenar con ellos, cuando el

papá de éstos, el amo, hubo de preguntarle á qué le habían dicho que fuera allí, y, luego de mucho temer y murmurar en voz apagadísima, pudo decir de modo que se le entendiese:

—Me dijo padre... «—Anda á casa de los señores, que te han de dar para el nacimiento.»

Entonces, con admiración y aun con cierto resentimiento, vieron Julio y



El fantasma

Andrés que su papá daba un billete de cincuenta pesetas, y la mamá unos cuantos duros, al chiconelo, que hubo de recibir todo aquello mudo de estupefacción. Luego se rogó á los niños que dieran algo á su vez, y los niños entregaron cada uno un duro, pienso que, más que por nada, por mortificar á Enriqueta, la cual, por lo mismo, no soltó ni un céntimo; y cuando, sin saber por qué, los papás dijeron á los niños que antes de la cena habían de ir todos á casa de Pascualillo, se abrigaron y salieron. Enriqueta cogió su hucha y se la llevó oculta en el delantal. Temía dejarla: no fuera que sus hermanos le hi-

ciesen alguna jugarreta. Ella era así: callada, codiciosa sin duda, afable y triste; una extraña criatura.

III

Pedro recibió, lleno de confusión, aquella inesperada visita. La casa y los solares no se hallaban muy lejos del hotel de los señores, según se ha dicho; pero ¿cómo había de imaginarse el pobre hombre que fueran los amos y sus hijos á visitarle?

La caseta no tenía más que una habitación y una alcoba. En aquella estaba el fogoncillo de cocina. Este se hallaba velado por dos grandes cortinas. Un gran barreño de barro servía de brasero. Dos ó tres sillas de madera, una gran mesa, sobre la cual había una canastilla cubierta por un paño; un velón colgado de un clavo, algunos picos y azadones puestos en un rincón: era todo lo que había en la estancia. Si misteriosa era la habitación, mayor misterio fué el oír un tiernísimo vagido que partía, al parecer, de un aposento inmediato.

¿Cómo pintar la sorpresa de los niños? Y, sin embargo, no parecía aquel extraño vagido sorprender á Enriqueta.

A invitación del buen colono entraron todos en la estancia, y ¡oh sorpresa! acostada en una humilde cama había una mujer con un recién nacido.

Al momento rodearon todos á la pobre madre y llenaron de besos á la hermosa niña que acababa de nacer.

Y Enriqueta, con los ojos brillantes, feliz, verdaderamente dichosa, entregó su hucha al marido.

Aquel vagido había conmovido profundamente á los niños.

Sólo la bondadosa Enriqueta había descifrado el misterio de Nazaret, puesto que el niño Dios nace todos los días, con los niños pobres, en miserables cunas.

Por tanto, no puede verdaderamente negarse que hubo nacimiento en casa de Pascualillo.

Ni puede negarse que los niños Julio, Andrés y Enriqueta tuvieron su árbol de Navidad.

Sobre todo Enriqueta. ¡Oh, preciosa niña, de alma sensible, tierna, pensadora, grave, y sólo seducida por los encantos del bien!

JOSÉ ZAHONERO





EL CORDERITO



DE VUELTA DEL BOSQUE

EL GLOBO TERRESTRE

El globo terrestre boga sin cesar por el espacio, arrebatado por esa inconcebible velocidad de 660,000 leguas por día. Su curso anual mide 241 millones de leguas de á 4 kilómetros: tal es la circunferencia que describe alrededor del Sol. Se sabe, además, que gira también sobre sí mismo y que este movimiento de rotación se verifica en 24 horas.

El eje de rotación no es perpendicular al plano del movimiento anual, sino oblicuo. Y como este eje de rotación permanece siempre paralelo á sí mismo durante el curso anual de la Tierra, resulta que aquel de los dos polos, el norte, que se encuentra hacia el lado del Sol en verano, se encuentra en la sombra en invierno, y que el círculo de sus latitudes, por efecto de la rotación de la Tierra, es eliminado durante el segundo período en un sentido diametralmente opuesto al modo de eliminación que caracteriza al primero.

El espacio infinito está sembrado de estrellas en todos sentidos y en todas direcciones. Como las estrellas son tan sólo visibles durante la noche, las que contemplamos en las noches de invierno son las que en el verano estaban sobre nuestras cabezas durante el día. El aspecto del cielo nocturno cambia de una estación á otra: el cielo que se presenta á media noche en el solsticio del invierno, sería visible á las seis de la tarde en el equinoccio de primavera, á mediodía en solsticio de verano, y á las seis de la mañana en el equinoccio de otoño.

Nos hallamos en pleno invierno. La noche es clara y silenciosa. Ante nosotros resplandece la más bella de las constelaciones, *Orión*. A la derecha de *Orión* tiembla la pálida luz de las *Pléyades*, llamadas asimismo *la Pollera*. La hermosa estrella que brilla en medio del camino se llama *Aldebarán*. A la izquierda de *Orión*, más abajo y al sur, está *Sirio*, la estrella más hermosa de nuestro cielo, la que en la antigüedad medía el tiempo civil entre los egipcios. *Sirio* es un sol más voluminoso y brillante que el nuestro, situado á 52 billones y 200,000 millones de leguas de aquí. Una bala de cañón emplearía 8 millones y medio de años para llegar á ella, y, sin embargo, es una de nuestras vecinas.

La *Vía láctea* esparce durante la noche su pálida y melancólica claridad. A la izquierda brillan *Cástor y Pólux*, y un poco más abajo, descendiendo hacia *Sirio*, *Proción*. Al este resplandece también *Régulo*. Al mismo lado de la *Vía láctea*, pero más al norte y al cenit, brilla la *Cabra*.

Estas son las estrellas más hermosas que componen actualmente las constelaciones de nuestro hemisferio, siendo la estación invernal cuando mejor pueden admirarse tales maravillas. El cielo del verano es menos espléndido. Entonces la brillante región celeste que acabamos de describir estará á mediodía, sobre nuestras cabezas, porque el Sol ocupa entonces precisamente el

sitio de los *Gemelos*. A media noche será visible, por consiguiente, la región opuesta.

Marte es el primer planeta que se encuentra partiendo de la Tierra y marchando hacia la circunferencia del sistema planetario. *Mercurio* y *Venus*



Sport fluvial

siguen órbitas inferiores á la de la Tierra. *Marte*, *Jupiter*, *Saturno*, *Urano* y *Neptuno* circulan, por el contrario, en órbitas exteriores á la nuestra, y la rodean otros tantos círculos concéntricos. *Marte* es, pues, el primero de los planetas exteriores de nuestra órbita.

Gira, como la Tierra, en torno del Sol; pero como su camino es más largo (362 millones de leguas), emplea también más tiempo en recorrerla (682 días terrestres). Su día es 39'35 más largo que el nuestro. Es una diferencia muy corta. Sin embargo, se ve que su año se compone de 668 $\frac{2}{3}$ de nuestros propios días.

Las revoluciones anuales combinadas de *Marte* y de la Tierra producen el resultado de que estos dos astros vuelvan al punto de su mayor proximidad á intervalos sucesivos de 2 años, 1 mes y 19 días.

Durante estos períodos de *oposición*, llamados así porque el planeta se halla entonces diametralmente opuesto al lado del Sol, situado á nuestros pies, es cuando se ha podido estudiar y apreciar su naturaleza característica.

De esta manera se ha sabido que su diámetro mide 1,600 leguas (poco más de la mitad de la Tierra) y su circunferencia 5,000; que está envuelto en una atmósfera análoga á la nuestra y que en dicha atmósfera se forman y se deshacen nubes y nieblas; que tiene estaciones como la Tierra, pero más caracterizadas y de doble duración. En su hemisferio boreal la primavera dura 191 $\frac{1}{3}$ días, el verano 181, el otoño 149 $\frac{1}{3}$ y el invierno 147. Estas estaciones están contadas en días de *Marte*.

Lo mismo que en nuestro globo, los dos polos están cubiertos de nieve, y estas nieves llegan hasta las latitudes correspondientes á aquellas en que se perdió una expedición exploradora. En la primavera y durante el estío del hemisferio boreal, las nieves de aquel lado se derriten y sus aguas descienden al Océano Glacial y á las Siberias de *Marte*.

En el límite de las nieves se ven terrenos grises y húmedos. Durante este tiempo se amontonan en el polo sur, y éstas se funden á su vez medio año después, cuando el planeta presenta su segundo polo al foco de la luz y del calor.

El Grande Océano y los Mediterráneos presentan un color verde mar, análogo al color de los mares terrestres. En cuanto á los continentes, en lugar de parecer verdes ó de color azul pálido, como las campiñas de la tierra, son rojos. De aquí procede el color de *Marte* y, sin duda, su símbolo heroico. Tal vez en aquella Tierra la atmósfera es rojiza en lugar de ser azulada. El que los bosques, los prados y las plantas sean verdes en la Tierra, no prueba que lo sean también en el planeta que nos ocupa. Es muy posible que en aquel país las naranjas sean azules, las azucenas de color violeta, y negras las rosas. Nada prueba ni induce á creer que en aquella región exista la más remota semejanza á la nuestra.

Los habitantes de *Marte* reciben del astro radiante dos veces menos de luz y de calor que nosotros; pero sobre este último punto no puede afirmarse el grado exacto de su termómetro, ya que la constitución de la atmósfera juega un papel considerable.

Se sabe, sin embargo, que el calor general recibido por *Marte* varía en el curso del año en la proporción de siete á cinco.

Traducción de BENJAMÍN



LA ILUSIÓN

AL HERMOSO NIÑO VALENTÍN ROBINA
Y CANDALIJA

De cuna linda y lujosa
en el mullido colchón,
un niño de faz hermosa
duerme sin que triste cosa
turbe su imaginación.

En sus ensueños de cielo,
ve sobre nubes de gloria,
envuelta en rosado velo,
un hada que en raudo vuelo
cruza su infantil memoria.

Dícele el niño:—¿Qué llevas?—
Y ella:—El engaño á los hombres.
—¿Cómo?—Con fatales pruebas.
—¿Qué pensamientos elevas?
—Todos, aunque esto te asombre.

—¿Paras?—En fatal destino.
—¿Gozas?—Pensando en mi edén.
—¿Cuál?—El que yo me imagino.
—¿Y marchas?—Por el camino
en que creo hallar el bien.

—Es tu tema...—Incomparable.
—¿Quién te alienta?—La Esperanza.
—¿Qué buscas?—Lo irrealizable.
—Tu dicha...—Inimaginable.
—¿Ves tu intento?—En lontananza.

—Te dirige...—El corazón.
—Vives...—Del necio en el alma.
—¿Qué desprecias?—La razón.
—Con tu afán pierdes...—La calma.
—¿Quién eres, pues?—*La Ilusión.*

.....

Después, pasado algún año,
cuando en su florida edad,
de su corazón en daño,
turbó el primer desengaño
la dulce tranquilidad,

recordó con honda pena
de aquel sueño la razón
en que una bella sirena
con voz tranquila y serena
le dijo que era ilusión.

Soledad Martín y Ortiz de la Tabla



¡Oh, qué alborozo!
¡Oh, qué alegría,

cuando se siente
que algún pez pica!



••• NUESTROS GRABADOS •••

MÚSICA Y BAILE

La hermanita mayor goza haciendo bailar al son de su violín á los dos arrapiezos, tan graciosos como bonitos. Vese que es gente acomodada y que los niños cuidan mucho de no ensuciarse la ropa.

EL NIÑO ENFERMO

La pobre madre saca á su niño al jardín porque le ha dicho el médico que necesita le dé un poco el aire; pero no parece que el remedio surta efecto según la angustiosa expresión del rostro de la atribulada señora.

EL FANTASMA

El perro se cree en presencia de un ladronazo, y ladra que te ladra, aumentando su furor á compás de la inmovilidad en que ve que permanece el terrible facineroso. No puedo negarse que es una idea muy original, y que está perfectamente traducido en *blanco y negro*.

EL CORDERITO

Mucha nieve. La niña ha creído, sin duda, que el corderito tiene frío y le adorna con un lazo en el cuello, lo cual supone la doble ventaja del *confort* y de la elegancia.

DE VUELTA DEL BOSQUE

Sin temor al frío ni á la nieve, la niña ha ido al bosque á hacer provisión de medicinales plantas. Digamos con toda franqueza que la niña se expone mucho á pillar un resfriado.

SPORT FLUVIAL

Esos señores se divierten mucho, ora remando, ora dejando que remen los compañeros; no alabándoles ya tanto su buen humor cuando toman á risa el choque con el pobre *sportman* que pasea pacíficamente en su yoyola: hasta ahí no llega el permiso para burlarse del prójimo.



CUENTOS RUSOS

(Continuación)

Nadie podía ni siquiera moverla; mas cuando le tocó á él hacer la prueba no hizo más que golpearla muy ligeramente y saltó á larga distancia, y esto que era tan enorme que parecía una montaña. Levantada ya la piedra, dijo el príncipe á sus hermanos:

—¿Cuál de vosotros está dispuesto á pasar al otro mundo para combatir á la norka?

Ninguno se ofreció. Rióse el príncipe de su cobardía y les dijo:

—Pues hasta más ver, queridos hermanos. Bajadme hasta el otro mundo y no os apartéis de aquí. Cuando notéis que se afloja la cuerda, volvedla á subir.

Descendiéronle los hermanos como él se lo dijo, y en cuanto hubo llegado al otro mundo prosiguió con imperturbable serenidad su camino. Después de andar mucho rato divisó de súbito un brioso corcel muy lujosamente enjaezado, el cual le dijo al verle:

—¡Guárdete Dios, príncipe Iván! Há mucho que te esperaba.

Iván montó á caballo, y, prosiguiendo su marcha, vió alzarse delante de él un palacio de cobre. Entró en el patio, apeóse, ató el caballo á una columna y metióse en el interior del edificio.

En uno de sus magníficos estrados vió una mesa cubierta de succulentos manjares, sentóse á ella, comió con grande apetito, y luego entró en una alcoba en la cual había un lecho que parecía brindarle al reposo. Mientras lo estaba contemplando con vivos deseos de ceder á la tentación, se le apareció una dama, de la cual sin encarecimiento puede decirse que era un prodigio de hermosura como no le vieron ni imaginaron en ningún tiempo los hombres, y que, con voz melodiosa, le dijo:

—¿Quién eres tú, que te has atrevido á penetrar en mi palacio? Si eres un anciano te consideraré como un padre; si eres de mediana edad, como un hermano; si eres joven, serás mi esposo querido. Si fueses una mujer y anciana, serás mi abuela; si eres de mediana edad, serás mi madre; si eres joven, mi hermana.

Adelantóse Iván, muy satisfecho de tan amable recepción, y, viéndole de cerca la dama, díjole no menos complacida:

—Príncipe Iván, tú has de ser mi esposo querido. Pero ¿qué es lo que te ha traído hasta aquí?

Refirióle Iván punto por punto sus aventuras, y respondióle la hermosa dama:

—Ese monstruo que dices no es otro que mi propio hermano. En este momento se halla cerca de aquí, en un palacio de plata, con mi segunda herma-

na. Has de saber que yo le he curado tres de las heridas que tú le inferiste.

Tras estas palabras Iván y la hermosa dama bebieron y conversaron largo rato sin que ella diese muestras de enojarse por la insistencia y afición con que el mozo la requebraba. Pero, á pesar de lo agradable que le era al príncipe este coloquio, despidióse de ella para dirigirse al palacio de plata, en el cual permaneció también largo rato con la susodicha hermana de la dama. Ésta le dijo á su vez que la norka estaba con la hermana más joven, y al oírlo el mancebo partió inmediatamente hacia el palacio de oro que ésta habitaba. Pidióle desde luego noticias de la norka, y díjole ella que su hermano estaba durmiendo en el mar azul, dándole al propio tiempo una espada de acero y un vaso del *Agua de la Fuerza*, diciéndole que debía decapitar al monstruo de un solo golpe.

Continuando el príncipe su marcha, llegó por último al mar azul, miró á su alrededor y vió á la norka dormida en una piedra que se alzaba en medio del mar y roncando con tal estrépito y tan violentos resoplidos que las olas hervían y se alborotaban en torno suyo en el espacio de siete verstas. Iván, sin inmutarse por esto lo más mínimo, se santiguó, cerró contra su enemigo y de un tajo le cortó la cabeza, que saltó gritando:

—¡Soy muerta!

Soltada esta exclamación, no se la vió más.

Muerta ya la norka, volvió el príncipe á recorrer su camino, desandando lo andado y recogiendo á su paso á las tres hermanas con intención de llevarlas al mundo superior, porque todas le amaban y ninguna quería separarse de él.

Cuando emprendieron la marcha, las tres convirtieron sus respectivos palacios en huevos, enseñándole á Iván cómo se hacía esta trasformación y de qué manera cada uno de estos huevos podía convertirse de nuevo en palacio; porque es de saber que las tales damas eran consumadas hechiceras. Luego entregáronle estos tres huevos á Iván y encamináronse hacia el sitio desde donde habían de ser izados para trasladarse al mundo superior.

Así que llegaron al pie de la cuerda, el príncipe la cogió, ató á las doncellas é hizo la señal convenida para que sus hermanos las subiesen. Pero, al ver éstos la deslumbradora belleza de las damas, prendáronse de ellas, y retirándose á conveniente distancia para no ser oídos, confesáronse mutuamente sus impresiones, acabando por resumir su resolución de este modo:

—Subamos á Iván, y cuando esté á la mitad del camino cortemos la cuerda. Puede que muera; pero hay que tener en cuenta que, de lo contrario, él no ha de cedernos jamás por esposas á estas bellísimas damas.

(Se concluirá)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor

Isaca de San Bernardo,
38, principal.

IMPED. — Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371. BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA